

Hielo

0

Girar como el corcel de calesita
subyugándose a subrutinas gastadas.

Cabal repetición de los presentes:
se reciclan auroras siempre idénticas
y anochece otra vez el mismo ocaso
que ya anocheció ayer.

Ser el acertijo mismo del tiempo.
No encontrarle solución a los días.
Hojejar viejos volúmenes
suplicando vanamente respuestas a las páginas.

Ayer tu piel fue tersa como pétalos tersos,
tu perfil esculpido de primaveral mármol,
tus iris titilantes albergaron
la ensoñación de devenires prósperos.

Hoy en cambio a tu jeta demacrada,
presa de los atropellos del ser,
desdibujan dolores lacrimógenos.

Mañana los añicos del espejo
reflejarán pedacitos del cielo,
los restos consumidos de nuestros cuerpos.

1

Al ansia de amansarlo se retobó el oleaje:
montábamos sin ensillar la nave
mientras el mar arisco corcoveaba.

Cuando cayó la noche
y el potro al fin se entró a quedar dormido,
apenas alumbrándonos en silencio los astros,
me arropaste con tu abrigo de luna
tibia como un abrazo.

Tantos años navegamos las sombras
crepusculares de los témpanos.
Nos prendó la hermosura
de los mares australes y los vientos del Bóreas,
respirando el aire cristalizado
al esplendor del hielo blanco.

Auspició el planeo de la gaviota
esta marchita rosa de los vientos,
esta putrefacción de nuestras manos,
este silencio abierto de los labios.

2

Al despertar del sueño
me hallé en la pesadilla interminable
de la que no es posible despertar:
cargó la culpa de seguir viviendo.

Con vergüenza de perros apaleados
mirarnos a los ojos
era doloroso como un puñal.

En la sala de espera envejecimos
velando por el tren que nunca vino.
Vos sabías que te estabas muriendo
pero para proteger mi inocencia
hablabas del perfume de las naranjas.

Dije que te quería pero
me diste el corazón, solté tu mano,
y lo hice mierda,
tu cráneo impactó el piso.
No fui capaz de hacerle frente al miedo,
de mirarte a la cara,
abrir los brazos,
cuando estabas muriéndote con los ojos vidriosos.

La naranja de cuyo perfume hablabas
se puso verde óxido
como la Estatua de la Libertad
y el hombre de limpieza la tiró al tacho.

3

Afuera refrescó que daba miedo
y se apelotonaban
las hojas amarillas de los plátanos
sobre los adoquines
de roca ígnea.

Un torrente verdinoso en la zanja,
irisado de aceites y detergente,
desagüe del barro y la podredumbre,
rebalsaba en las bocas de tormenta.

Las deidades ancestrales del trueno
defecaban los diluvios de punta.
Correr del agua que cayó del cielo:
la lluvia resbalando por los vidrios
como el escupitajo
cuando escupís enfrente del espejo.

Observábamos a través de las gotas,
como lentes convexas,
el mundo dado vuelta.
Y tu mano que cabía en mi mano
trazaba garabatos:
un tigre y un dragón de tinta china
con los bigotes chuecos
sobre los parabrisas empañados.

Del lado de adentro de la ventana,
bajo los sobrecitos de azúcar
y los cortados con dos medialunas:
réplicas de un temblor
con el que el subte sacudió el parquet,
y del aliento tibio de su boca
como vagina abierta
brotaron los sacos y las mochilas
y alguien casi pisó un sorete fresco.

Del lado de afuera de la ventana
se oyó el efecto Doppler de la ambulancia
y el ejército de los desposeídos
subió a la cordillera de bolsas de basura
a revolver cartones y otras reliquias.

Aquella marcha histórica
de pancartas y pañuelos y palos
nos prometía gases lacrimógenos.
Cortamos las cadenas nacionales
levantando los puños insurrectos.

Y ahí en la entrada de la pizzería
reposaba impávido el san bernardo
enorme relamiéndose
todavía, lentamente, las bolas.

4

Cuando cumplí los veinticinco años
me tejiste un pulóver y lloraste en silencio
porque querías darme el universo
pero no te alcanzaba para comprarme aquello
que vos te imaginabas que yo quería.

Nunca te dije nada
porque mi corazón petrificado
se encerraba en sí mismo como un puño.
Miré para otro lado con la vista de hielo
para no darme cuenta de que estabas llorando.

Pero anoche en el sueño
el corazón se abrió latiendo fuerte,
me dijo que llorabas
y desperté gritando
que el pulóver era un regalo hermoso
porque lo habías hecho con tus manos.

Corrí a darte un abrazo
pero recordé entonces
que habías muerto ayer a la mañana.

5

Ambos fuimos esclavos
del implacable látigo del tiempo.
Estábamos exhaustos
pero no se podía parar a descansar.
La alternativa era caernos muertos.

¿Qué sentido tenían nuestras vidas?

Mirábamos las luces de colores
y nos entregábamos a rituales
tratando de olvidarnos de las preguntas
para las que quizás no hay respuesta.

Y queríamos detener el espejo
pero el reloj nos iba carcomiendo.

Después de tantos años
un día nos sentamos uno al lado del otro
y por fin escuchamos el silencio.

Y cuando te miré fijo a los ojos
supe que habíamos envejecido
sin saber quiénes éramos realmente.

En tus pupilas negras
vi el dolor de tus días, el miedo de tus noches.

Boca arriba e inmóviles
miramos la extensión de las estrellas
y al frío calmo de la madrugada
nos volvimos a tomar de las manos.

6

Canto al áspero tacto de tus callos,
a tu pelo en que anidan las serpientes,
al alquitrán de tus escasos dientes
y a tu nariz con forma de zapallo.

Canto a tus ojos que satán embruja,
al eccema con pus de tu pescuezo,
a tus pies perfumados como quesos
y a tus besos pinchudos como agujas.

Canto al cloacal olor de tu encías,
pero a mi canto la cacofonía
de tus hercúleos pedos ensordece.

Y al ver tu rostro que ocasiona espanto,
y al ver tu faz que el ánima estremece,
mellizo en el espejo, así te canto.

7

Con el desinfectante perfume de lavanda
y el lampazo roído
nos trapeamos las baldosas del alma.

Mientras puertas adentro
cogíamos formando geometrías concéntricas
en las posturas milenarias
de los dioses celestes del manual de la India,
por sobre las baldosas de alto tránsito
dos hombres se agarraron a cascotazos
por una bolsa de consorcios
que desbordaba de inmundicias.

Y mientras vos soñabas
que parías un bebé corderito,
en un banco de plaza tapada con cartones
a mi mamá le faltaban los dientes
y lloraba soñando
con un tazón de caldo tibio.

8

Caminando en la noche
sólo se oía un perro
que a lo lejos ladraba.

Por la vera del río
vi la luna reflejarse en el agua.

Inhalé el aire fresco
y, al subir a la balsa,
el agua
lentamente
fue arrastrándola.

Me hallé como una hoja
a la deriva.

Al dar la espalda al mundo,
contemplé aquello que la luz esconde.
En mi interior
me hallé con las tinieblas.

Me hallé ante el miedo de que la locura
se hubiera apoderado de mi cuerpo.

Recordé a mis hermanos.
Me lamenté no haberlos perdonado,
y temí no volver a verlos nunca.

Tuve miedo del río,
de su lecho de muerte.
Tuve miedo de no poder volver
a la ciudad en que ladraba un perro.

Mi corazón furioso
remó contracorriente.
Quise asirme de un áncora
pero la realidad se tambaleaba.

Busqué algún horizonte
pero todo era incierto.
Luché pero era inútil.

Ya sin fuerzas acepté que moría.
Y entregándome entonces
a aquella sucesión de los presentes,
muy lejos de las luces de los pueblos,
se desplegó en el cielo amplísimo
la multitud de estrellas palpitando.

9

Hubo un tiempo que no tuvo colores
porque alguien se los había llevado.

Hubo un tiempo en que el tiempo se detuvo
y había que esperar.

Dormíamos al abrigo del cielo
y tomábamos sopa de unos huesos.

Nevaba hacía tanto
que no nos acordábamos
del sol en que tendíamos las sábanas.

Las caras se nos hacían inhóspitas.
Andábamos con los puños cerrados,
con el cuchillo listo.

De tanto andar con la armadura puesta
ya no sabíamos si éramos personas.

Con la máscara de los dientes de perro
disimulábamos nuestra piel frágil.
Y abajo de esa máscara, otra máscara
sepultaba la angustia
con sonrisas forzadas.

¿Quiénes éramos tras de aquellos disfraces?

Un día hallé a mi madre y a mi padre
con las cuencas vacías
y la vida no volvió a ser la misma:
el pasado radiante
se transformó en una memoria pálida.

Y como si los dioses
hubieran roto un pacto milenario,
del manto de la tierra en dos abriéndose
afluyeron las criaturas quiméricas.

Serpientes con cabezas de cabra
y arácnidos de innumerables patas
se hicieron paso entre la muchedumbre
devorándose el tiempo detenido.

Me entregué a las simetrías del caos
y mi cuerpo fue volviéndose flor,
y la flor fue volviéndose universo.